

PERCEPCIONES ERRÓNEAS EN TORNO DE LA UTILIZACIÓN DE LOS GUANTES BLANCOS¹

Cathleen A. Baker*
Randy Silverman**

Introducción²

Movimientos torpes, pérdida de sensibilidad y sensaciones alteradas. Estas descripciones no corresponden con una visita al dentista, sino a las salas de lectura de muchas colecciones históricas en las cuales la experiencia de manipular libros raros y documentos valiosos es sinónimo de portar guantes blancos de algodón. El presente artículo examina el efecto de este esfuerzo bien intencionado que tiene como fin proteger los acervos de los posibles daños que se puedan presentar si a la persona que manipula los libros y documentos se le dificulta realizar dicha tarea. Se recomienda lavarse las manos de manera rutinaria como un medio más eficaz para prevenir la propagación de la suciedad, ya que el uso de guantes blancos entorpece la manipulación de las colecciones y como consecuencia, las colecciones históricas llegan a sufrir daños.

El presente artículo limita su enfoque al manejo de libros históricos y colecciones con soporte de papel. Reconocemos que otro tipo de medios, incluyendo las impresiones fotográficas, los negativos y diapositivas, así como los objetos tridimensionales (especialmente los fabricados con metales

* Conservadora senior de libros y papel de la Biblioteca de la Universidad de Michigan; cabake@umich.edu

** Conservador de la Biblioteca Marriott de la Universidad de Utah; randy.silverman@library.utah.edu

1 Este artículo fue originalmente publicado como "Misperceptions about White Gloves" en *International Preservation News*, a newsletter of the IFLA Core Activity on Preservation and Conservation, número 37, diciembre, 2005, pp. 4-16. Tanto Cathleen A. Baker, Randy Silverman y la *International Preservation News*, han otorgado el permiso para la publicación en español del presente artículo.

2 La traducción al español estuvo a cargo de Andrea Arévalo, Claudia Díaz y Gabriela Recio.

que se empañan), presentan problemas específicos que deben discutirse con un enfoque más profesional entre especialistas de esos campos.

El mito de la protección

Los libros no deben ser manipulados con las manos sucias, y lo que es todavía más nocivo, es el manejo de libros antiguos con guantes. Es necesario que los lectores se quiten los guantes antes de hojear los volúmenes que han sido bellamente ilustrados, aun cuando es frecuente que se muestren reacios a hacerlo.³

¿Cómo es que el uso de guantes llegó a establecerse como un requisito indispensable en las salas de lectura de archivos históricos y colecciones especiales de las bibliotecas? Se puede argumentar que esta política, destinada a “preservar” las colecciones importantes, histórica y artísticamente hablando, tiene más efectos negativos que positivos. La insistencia por parte de las instituciones en que los usuarios y el personal que labora en estas colecciones utilicen guantes de algodón blancos al manipular los libros y documentos para evitar que la suciedad y la grasa de la piel perjudique las colecciones en papel, es un argumento inherentemente débil y deficiente ya que los guantes se ensucian con la misma facilidad que las manos. Los guantes de algodón son muy absorbentes, tanto en su interior como en su exterior; por ejemplo, incluso una sala de lectura escrupulosamente limpia ofrece numerosas oportunidades para que los guantes absorban la suciedad y transfieran dicha suciedad a superficies tales como las páginas de un texto. Las superficies de las mesas y de las sillas pueden presentar residuos de sustancias para la limpieza y el pulido; los atriles o bases de los libros y sus cubiertas de tela pueden llegar a impregnarse de polvo y de otras partículas como el polvo rojo que se desprende de las encuadernaciones de cuero. El maquillaje, las cremas para la piel y la grasa producida por la piel (sebo) se pueden adherir a la superficie exterior de un guante con tan sólo tocarse la nariz. Los guantes de algodón tal vez ni siquiera ayuden a mantener las manos del lector limpias. Aunado a la acumulación de suciedad en la

3 Kroeger, *The care of books*, p. 320. En este contexto “guantes” se refiere a los que, por cuestiones de moda de la época, utilizaban las personas a principios del siglo xx.

superficie exterior del guante, el calor resultante de aislar la mano estimula la producción de sudor por parte de las glándulas sudoríparas ecquinas,⁴ causando que las manos se humedezcan y que, posteriormente, el sudor pase a través del tejido poroso, aumentando la probabilidad de que el guante atraiga, absorba y distribuya la suciedad superficial sobre el papel que se está manipulando. Asimismo, la fibra natural del guante, el algodón, como Jens Glastrup lo determinó mediante extracciones de la fibra, contiene grasas y alcanos;⁵ por lo tanto, su propósito higiénico se desvanece al también esparcir partículas al papel.

El sudor en sí mismo es un líquido ligeramente ácido, compuesto casi exclusivamente de agua (99.0 a 99.5%). Los solutos restantes se dividen en partes casi iguales de sales inorgánicas y sustancias orgánicas.⁶ No existen glándulas sebáceas, responsables de la secreción de sebo (grasa en la piel), en las palmas de las manos,⁷ de modo que la transferencia directa de sebo a través de la manipulación habitual de una colección no constituye un problema significativo.

Dada la creencia generalizada de que la manipulación constante de papel con las manos descubiertas produce un daño químico, es paradójico que nuestra investigación no haya encontrado evidencia científica que apoye esta idea. La referencia bibliográfica más cercana al tema es un artículo titulado “Huellas digitales en fotografías” en el que Klaus Hendriks y Rütiger Krall afirman que una huella digital puede producir un daño a la imagen recubierta de plata si las sales que se encuentran en el sudor, especialmente el cloruro de sodio, logran traspasar la capa de gelatina. Debido a que la superficie del papel casi siempre está protegida por una capa de gelatina (o algún otro tipo de adhesivo), el cloruro de sodio primero tendría que penetrar dicha barrera antes de que pudiera interactuar con la celulosa que se encuentra por debajo, además de que el potencial de corrosión de la plata es mucho más grande que el de la celulosa. Hendriks y Krall descubrieron que el oxígeno es otro componente necesario para que se genere una reacción de corrosión en la plata, y uno puede argumentar que las hojas de los libros

4 Hurley, “The eccrine sweat glands: structure and function”.

5 Glastrup, *White gloves*, disponible en internet: <http://palimpsest.stanford.edu/byform/ mailing-lists/cdl/1997/0594.html>

6 Hurley, *op. cit.*, pp. 71-72.

7 Botek y Lookingbill, “The structure and function of sebaceous glands”, pp. 87-94.

cerrados no están expuestas por largos períodos de tiempo a altos niveles de oxígeno en el medio ambiente y que tampoco lo están las hojas sueltas que se almacenan junto con otras piezas de papel en archivos y cajas para almacenamiento.

Douglas Nishimura del Image Permanence Institute (Instituto de la Permanencia de la Imagen) en el Rochester Institute for Technology (Instituto Rochester de Tecnología) comenta haber participado en una prueba de corrosión en la industria del acero, un experimento que fue citado en el proyecto de investigación de Hendriks y Krall en 1993. En ese estudio, 20 personas utilizaron guantes de PVC por un periodo de cinco a diez minutos con el fin de que sus manos empezaran a sudar. Una vez que se retiraron los guantes, se solicitó a cada participante que tocara una pieza de acero con las manos desnudas. Nishimura reportó que “algunos de los participantes podrían haber oxidado las láminas de acero después de dicha prueba.”⁸ Posteriormente se pidió a los participantes que se lavaran las manos con un agente surfactante no iónico, seguido de abundantes enjuagues con agua y sólo uno de los participantes, al que se le denominó el “oxidador”, transfirió la cantidad suficiente de sudor para corroer el metal.⁹ Esta investigación ilustra que después de lavarse y enjuagarse las manos, la mayoría de las personas transfieren la cantidad suficiente de sudor para dañar el papel en condiciones normales. Para el cinco por ciento de los participantes que sudaban mucho, la única barrera efectiva en contra de lo que Marion Sulzberger denomina “el sistema de aspersion de la piel”¹⁰ es utilizar un guante no poroso de vinilo o látex.

Sin embargo, el tema sobre el uso de guantes es aún más complejo. Las reglas actuales en las salas de lectura no son lo suficientemente claras para instruir a los usuarios sobre las mejores prácticas de manejo, ya que se confía que al utilizar guantes de manera adecuada se asegura el cuidado de las colecciones. Incluso, si los guantes de algodón fueran capaces de proporcionar una barrera eficaz entre los usuarios y la colección, su uso promueve la falsa ilusión de que las manos, una vez que se encuentran

⁸ Nishimura, *White gloves*, disponible en internet: <http://palimpsest.stanford.edu/byform/ mailing-lists/cdl/1997/0562.html>

⁹ *Ídem*.

¹⁰ Hurley, *op. cit.*, p. 47.

cubiertas, de alguna manera se transforman en instrumentos “seguros”. En realidad, el uso de guantes incrementa el potencial de producir un daño físico al manipular materiales frágiles de manera inadecuada y lo anterior es especialmente cierto cuando se trata de papeles ultra delgados y frágiles, que son mucho más difíciles de manipular cuando se tiene disminuido el sentido del tacto. Consideramos que se deben tomar medidas para reducir los riesgos de daño a las colecciones a través de la enseñanza y el ejemplo, pero no a través del uso de guantes.

La ilusión de la limpieza

Los niños deberían estar obligados a mostrar que tienen las manos limpias antes de permitirles que manipulen los libros y con el fin de facilitar lo anterior, es muy necesario contar con un sanitario adjunto a la habitación.¹¹

En un intento por asegurar la limpieza dentro de las salas de lectura mediante el uso de guantes de algodón blanco mal ajustados, tanto los curadores como los usuarios piensan que los libros raros y los documentos llegan a las colecciones sin que hayan sido previamente manipulados, cuando en realidad pasa lo contrario. Antes de que las máquinas reemplazaran a la mayoría de los procesos manuales de fabricación de libros, surgieron innumerables ocasiones para que un gran número de personas, bajo prácticas higiénicas inadecuadas, entraran en contacto directo con los libros y documentos con valor histórico y cultural que ahora se encuentran protegidos tan celosamente. Las personas a cargo de clasificar el papel (por lo general, mujeres mal pagadas) se encontraban entre las primeras personas en manejar láminas frescas de papel virgen hechas a base de trapos reciclados. Después del curado en la fábrica, estas hojas se contaban en manos de papel o resmas, las cuales se envolvían por un empleado de la bodega para posteriormente ser enviadas al impresor o comerciante de papel.

¹¹ Dousman, “Children’s departments”, p. 408.

En la imprenta, el aprendiz (generalmente un adolescente) era el que tradicionalmente humedecía el papel antes de que se recolectara hoja por hoja para la impresión. Posteriormente estas hojas se volvían a apilar para la impresión en el revés. Una vez que se concluía la impresión, se colgaban las hojas a secar. La inspección, clasificación y doblado de las hojas para coserlas o para distribuirlas requería enormes cantidades de contacto humano. Los usuarios de la librería, incluyendo al propietario final del libro, podrían haber examinado cuidadosamente el texto hoja por hoja en numerosas ocasiones. Posteriormente, la familia del propietario y sus amigos podrían haber hojeado las páginas repetidamente, ya fuera por entretenimiento o por necesidad, mientras disfrutaban de los placeres visuales y táctiles de la lectura en un ambiente relajado.

En cuanto a los manuscritos, una persona que escribía cartas personales podía, de manera casual, detenerse o apoyarse en una hoja de papel al escribirle a un ser querido. Asimismo, los empleados de una oficina jurídica o de negocios redactaban correspondencia, mantenían registros y hacían operaciones aritméticas en libros de contabilidad en ambientes por demás insalubres (“saneamiento” como término no aparece por primera vez en forma impresa sino hasta el año de 1848). Los destinatarios de estas cartas y documentos los leían, en ocasiones, a la luz de una vela o frente al fuego y posteriormente los doblaban o tal vez los empaquetaban de manera cuidadosa con una cinta para almacenarlos en estanterías de madera, en los cajones de un escritorio o en un baúl.

Sin embargo, aun cuando estas prácticas se llevaron a cabo de manera generalizada en casi todo el mundo durante siglos, existe poca evidencia de que el contacto repetido con la piel hubiera deteriorado de manera significativa dichos documentos históricos. Es cierto que la lectura de algunos manuscritos y documentos con siglos de antigüedad (especialmente los pergaminos) nos proporciona ejemplos de márgenes sucios que fueron manipulados con cierta frecuencia. Sin embargo, qué podemos esperar si tomamos en cuenta el momento histórico del que proceden; fuego de leña o carbón, cuartos con hollín, superficies grasosas e iluminación con velas entremezclados con prácticas higiénicas inadecuadas. Cabe mencionar que existen una infinidad de ejemplos de libros, cartas y documentos que, aun cuando tienen cientos de años, muestran poca evidencia física de

contacto humano, a pesar de que podemos asumir que fueron ampliamente manipulados a lo largo del tiempo. En comparación con los efectos destructivos de la contaminación del aire, el calor, las condiciones de luz, las malas condiciones de almacenamiento, el doblaje repetido y la acidez interna, el deterioro químico causado por el contacto diario con la piel es casi imperceptible. De hecho, ¿cuándo fue la última vez que usted notó una huella digital en una hoja de papel?

Previo a ser almacenado en condiciones especialmente controladas, el papel, gracias en parte, a la protección que le brinda el encolante, sin duda ha sobrevivido al impacto de las manos. Asimismo, el número de veces que será manipulado en el futuro dentro de colecciones históricas y especiales es muy pequeño en comparación con el número de veces que fue manipulado antes de convertirse en parte de nuestro patrimonio cultural.

La mano insensible

No manipule los libros con las manos sucias. Láveselas.¹²

Todos los seres humanos compartimos cinco sentidos –la vista, el oído, el olfato, el tacto y el gusto– que nos permiten interpretar todo lo que nos rodea. Si bien estos sentidos, que generalmente operan en conjunto para añadir riqueza y profundidad a nuestras percepciones más inmediatas, en lo que se refiere a la lectura de documentos, la vista y el tacto son los más importantes. La interacción táctil con el papel ayuda a proporcionar al observador experimentado la información esencial y complementaria que surge de la evidencia inmediata.

Amortiguar las sensaciones táctiles a través del uso de guantes confunde las percepciones que se tengan del papel y por lo tanto, del objeto en su totalidad. Desde un punto de vista mecánico, la capacidad de sentir el grosor y la flexibilidad de la hoja está oculto, lo que imposibilita, por ejemplo, determinar cuántas hojas se están manipulando. Juntar de manera inadvertida dos o tres páginas a la vez es frecuente cuando la sensación del tacto se ve afectada por el uso de un guante de algodón mal ajustado, lo

¹² Lyon, “Proposed charging system”, p. 350.

que da como resultado que se separen o den vuelta torpemente las páginas. Como consecuencia, las fibras sueltas de la tela pueden quedar atrapadas en las irregularidades del papel, en un borde desgastado o en un desgarro preexistente y esto inevitablemente conduce a un daño involuntario, que se vuelve más frustrante al darnos cuenta de que podemos manejar objetos similares con menos esfuerzo si tenemos las manos desnudas.

En un estudio reciente, llevado a cabo para comprender mejor el sentido del tacto, los sujetos participantes colocaron la punta de los dedos en un objeto que se deslizaba (similar a un *mouse* de computadora plano). Se pidió a los sujetos determinar si dicho objeto se deslizaba sobre un bulto o sobre un agujero, sin verlo. Debido a la inercia, los sujetos siempre percibieron que el *mouse* se deslizaba sobre un bulto aunque la superficie debajo fuera plana, tuviera un bulto o un agujero.¹³ El problema de no percibir adecuadamente las características tridimensionales cuando el sentido del tacto se encuentra disminuido, confirma el argumento aquí esgrimido; las alteraciones en la percepción espacial explican la mayor propensión de las personas a dañar el papel cuando portan guantes.

Los guantes dificultan la capacidad de percibir al papel como un material y borran la información que el papel puede transmitir en relación con las características de su superficie, tales como la textura (por ejemplo, si una hoja se tejió o sólo se colocó) y de manera aún más crítica, la condición de la hoja, que de otro modo se comunicaría intuitivamente a través del contacto con la piel desnuda. Es por esta razón que los restauradores de libros y de papel no usan guantes al examinar o tratar los objetos.

¿Cuándo se utilizaron los guantes por primera vez?

Fouquet, un experimentado coleccionista de libros en Francia, solía mantener una pila de guantes blancos en la antesala de su biblioteca y, con el fin de evitar que los preciosos volúmenes se ensuciaran, a ningún visitante le permitía cruzar el umbral o manejar un libro sin ponerse un par de guantes. Dicho refinamiento en el cuidado de los libros no era de esperarse en esta época; sin embargo, un bibliotecario que respeta su vocación, a menudo se ve tentado a desear que

¹³ Flanagan y Lederman, "Feeling bumps and holes", pp. 389-390.

hubiera alguna forma para lograr que las personas fueran más cuidadosas con los libros.¹⁴

Nishimura¹⁵ señala que la colocación de guantes de tela con fines de conservación probablemente surgió en el siglo XIX, cuando los fotógrafos los comenzaron a utilizar para evitar que los negativos se estropearan con las manchas que dejaban en ellos las huellas dactilares. Sin embargo, una búsqueda a través de los primeros estudios publicados sobre conservación de libros y documentos no revela ninguna mención respecto al uso de guantes, lo que sugiere que su utilización y, sin duda, su gran aceptación por parte de bibliotecas y archivos es un fenómeno relativamente nuevo. A pesar de que en la Conferencia de la IFLA (Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecas e Instituciones) que se llevó a cabo en Viena en 1986, Hendriks señaló que “los negativos sin cubiertas protectoras y las fotografías impresas deberían manipularse solamente con guantes de nylon o de algodón que no dejaran pelusa”,¹⁶ la representante de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, Merrily Smith, en su muy completo artículo sobre las prácticas de cuidado y manejo dentro de las bibliotecas, no mencionó el uso de guantes.¹⁷

En consecuencia, todo parece indicar que el uso de guantes dentro de las salas de lectura de libros antiguos y archivos se implementó en la última década del siglo XX, lo que sugiere que esta práctica tiene menos de 20 años. Este desarrollo probablemente fue generado por las buenas intenciones de algunos curadores, aunado a la proliferación, cada vez mayor, de catálogos especializados en la venta de material especializado para bibliotecas y archivos, en los cuales mostraban el uso de los guantes como un componente estándar de bibliotecas y archivos. Sin embargo, mientras que muchos curadores están convencidos de la importancia del uso de los guantes dentro de las salas de lectura, otros no lo están. Una discusión en línea que se llevó a cabo en octubre de 1999 en un sitio web

¹⁴ Spofford, *A book for all readers...*, p. 116. Ainsworth R. Spofford fue el bibliotecario de la Biblioteca del Congreso en el periodo 1864-1897.

¹⁵ Nishimura, *Personal communication*.

¹⁶ Hendriks, “Storage and handling of photographic materials”, p. 63.

¹⁷ Smith, “Care and handling of bound materials”, pp. 45-54.

de colecciones especiales reveló que algunos curadores de libros se oponen vehementemente al uso de guantes.

He aquí algunas de las opiniones que expresaron:

“Les pido a los usuarios de nuestras colecciones que EVITEN el uso de cualquier tipo de guantes, excepto cuando estén manipulando fotografías. ¿Dónde queda la lógica al hacer que estas personas usen algo que no ajusta bien, que los vuelve más torpes y que reduce su sentido del tacto?”¹⁸

“Los lectores son mucho más propensos a dañar los libros y otros materiales impresos cuando utilizan guantes que cuando no los usan”.¹⁹

“Los [guantes] de algodón se pueden atorar en las páginas demasiado frágiles ... Además, las manos son mucho más fáciles de mantener limpias. Solicitamos a todos los usuarios que se laven las manos antes de manipular los materiales, y les aseguramos que nosotros hacemos exactamente lo mismo”.²⁰

¿Qué ganamos?

[Y cuando había tocado la carta, sentí, en palabras de Tennyson, que el hombre muerto me había tocado desde el pasado: He forjado mi vida entre “esas hojas caídas que mantienen su color verde / Las nobles cartas de los muertos”]²¹

Mientras que el microfilm, las fotocopias o las imágenes digitales pueden ser empleados para proteger algunas colecciones de un uso mayor al promedio, solicitar a los usuarios portar vestimentas que implícitamente los disocia de los documentos que están manipulando es más que una sencilla cuestión de preservación. A medida que la sociedad occidental se desconecta de los objetos hechos a mano y con máquinas, el marco estético de un lector acerca de los atributos únicos de la cultura material es cada vez menor. Mantener

18 Martín Antonetti, curador de libros antiguos, Biblioteca Neilson, Smith College.

19 Terry Belanger, profesor universitario y curador honorífico de *Special Collections, Book Arts Press and Rare Book School* de la Universidad de Virginia.

20 Elizabeth E. Fuller, bibliotecaria, Museo y Biblioteca Rosenbach, Filadelfia.

21 Byatt, *Possession: a romance*, p.115.

una conexión física con los objetos ayuda tanto a los usuarios como a los curadores a conservar la riqueza de las culturas que producen y utilizan estos objetos históricos: estas “cosas” históricas están implícitamente vinculadas al pasado a través de sus características físicas.

El entorno digital que continúa desarrollándose ha reemplazado a los tesoros culturales que predominaban hace tan sólo cinco años con artefactos virtuales y, en consecuencia, ha eliminado muchos de los requisitos para tener acceso a ellos. En lugar de imponer restricciones sistemáticas a los usuarios, los bibliotecarios y los archivistas profesionales deben considerar los beneficios que se generan al enriquecer la experiencia del usuario al, literalmente, ponerlos en contacto con su patrimonio cultural.

Recomendaciones

Se proporcionó un lavabo. Al principio se obligaba a los pequeños a lavarse antes de permitirles la entrada a la biblioteca. Decimos que se les permitía porque muy pronto dejaron de considerar la actividad como una imposición y llegaron a considerarlo como un privilegio -de hecho, como algo muy divertido.²²

El simple requisito de solicitar a los usuarios que se laven las manos con agua y jabón –frotándose las manos vigorosamente durante diez o quince segundos, tallando todas las superficies de la piel, enjuagando y secando adecuadamente (Abouzelof 1999)– antes de examinar los documentos y de forma periódica a medida que sientan las manos sucias, es una estrategia adecuada para salvaguardar los libros antiguos y las colecciones de archivos. La implementación de esta práctica permitiría a las personas relacionar la limpieza de la piel con el cuidado adecuado de las colecciones, tanto en la sala de lectura institucional como en su casa. Para que este simple procedimiento resulte eficaz, las salas de lectura deben proporcionar los medios convenientes para la limpieza de las manos. La solución obvia es exigir que los usuarios se laven las manos antes de entrar en la sala de lectura, de ser posible en un pequeño lavabo instalado en las cercanías o en un baño público.

²² Anónimo, “Cleanliness is next to godliness”, p. 260.

Otra alternativa es proporcionar a los usuarios toallitas desechables de alcohol para limpiar sus manos sin tener que salir de la sala de lectura. De las compañías que distribuyen artículos desechables de limpieza se pueden adquirir, por millar, toallitas empacadas individualmente a un costo unitario menor a dos centavos de dólar estadounidense. Se debe evitar seleccionar productos que contengan cremas para la piel. Existe una amplia gama de opciones disponible, muchas de las cuales se pueden consultar en la página web *Gallery of the Modern Moist Towelette Collecting*.²³ Fijar una “estación de lavado” en algún sitio de la sala de lectura consistiría simplemente en proporcionar a los usuarios un recipiente de toallitas previamente empacadas, un rollo de toallas de papel desechables para quitar la humedad residual y un cesto de basura para depositar los productos que ya se hayan utilizado. Solicitar que el personal también aproveche esta estación pública reforzaría la necesidad de que los lectores se laven las manos de manera habitual.

Si existe la necesidad de proteger al personal y a los usuarios, los autores recomiendan el uso de guantes ceñidos de vinilo sin talco, para evitar problemas relacionados con las alergias al látex.²⁴ Las sensaciones táctiles disminuirán; sin embargo, al manejar moho o un material muy sucio, deben prevalecer las cuestiones de seguridad y de cuidado de la salud. Por último, independientemente del uso de guantes, los autores advierten que pasar los dedos sobre manuscritos o sobre ciertas áreas impresas del texto puede dañar innecesariamente el papel frágil o los medios pictóricos craquelados (comúnmente asociados con el uso de tintas ferrogálicas), los grabados en relieve (como las impresiones intaglio) o los medios friables (incluidos los colores pasteles).

Conclusión

Es necesario volver a examinar las políticas generales que obligan a los usuarios y a los curadores a utilizar cualquier tipo de guantes cuando manipulan

²³ El sitio web de *Gallery of the Modern Moist Towelette Collecting* se encuentra en <http://members.aol.com/moisttwl/>

²⁴ Información adicional sobre las alergias al látex puede encontrarse en <http://latexallergylinks.tripod.com/>

materiales de archivos y bibliotecas. Al observar la condición de conservación en que se encuentran los libros que han sido manipulados de manera continua, resulta claro que incluso el manejo habitual no causa daño químico al papel. Ciertamente, los conservadores no utilizan guantes al restaurar o analizar la condición de libros o documentos, salvo en aquellos pocos casos en que sus propias manos requieren protección. Los guantes de algodón no garantizan que los libros y el papel queden protegidos contra el sudor y la suciedad, sino que incluso aumentan la probabilidad de que las personas causen daño físico a los materiales de la colección. La implementación de una política universal de limpieza constituye una alternativa razonable y eficaz para el uso de guantes y además, es la misma que emplean restauradores de libros y papel previo a la manipulación del mismo material.

Bibliografía

- Abouzelof, Rouett Harden, “Diffusion of innovations: describing the perceptions of the stages in the innovation-decision process for handwashing and alcohol hand rubs”, tesis de maestría, College of Nursing, University of Utah, 1990.
- Anónimo, “Cleanliness is next to godliness”, en *Library Journal*, 15, núm. 9, septiembre, 1890.
- Antonetti, Martin, *Gloves*, 12 de octubre de 1999 (revisado el 22 de noviembre de 2003), <http://palimpsest.stanford.edu/byform/mailling-lists/exlibris/1999/10/msg00119.html>
- Belanger, Terry, *Gloves*, 12 de octubre 1999, (revisado el 22 de noviembre de 2003), <http://palimpsest.stanford.edu/byform/mailling-lists/exlibris/1999/10/msg00122.html>
- Botek, Alison A. y Donald P. Lookingbill, “The structure and function of sebaceous glands”, en *The Biology of the Skin*, R. K. Freinkel y D. T. Woodley (eds.), Nueva York, Parthenon Publishing Group, 2001, pp. 87–100.
- Byatt, Antonia Susan, *Possession: a romance*, New York, Vintage International, 1991.
- Dousman, Mary Ella, “Children’s departments.” *Library Journal*, 21 septiembre, 1896.

- Flanagan, J. Randall y Susan Lederman, “Feeling bumps and holes”, *Nature*, 412, julio 26, 2001, pp. 389–390.
- Fuller, Elizabeth E., *Gloves*, 12 de octubre 1999, (revisado el 22 de noviembre de 2003). <http://palimpsest.stanford.edu/byform/mailling-lists/exlibris/1999/10/msg00128.html>
- Glastrup, Jens, *White gloves*, 28 de abril 1997, (revisado el 22 de noviembre de 2003). <http://palimpsest.stanford.edu/byform/mailling-lists/cdl/1997/0594.html>
- Hendriks, Klaus B., “Storage and handling of photographic materials”, en *Preservation of Library Materials: Conference held at the National Library of Austria, Viena*, abril 7-10, 1986, Conference of Directors of National Libraries, Vienna, K. G. Saur, 1987, pp. 55–66.
- Hendriks, Klaus B. y Rütiger Krall, “Fingerprints on photographs”, en *Topics in Photographic Preservation*, 5, pp. 8–13.
- Hurley, Harry J., “The eccrine sweat glands: structure and function”, en *The Biology of the Skin*, R. K. Freinkel y D. T. Woodley (eds.), New York, Parthenon Publishing Group, 2001 pp. 47–76.
- Kroeger, Alice Bertha, “The care of books”, *Public Libraries*, núm. 8 (julio), 1903.
- Lyon, (L.) “Proposed charging system”, en *Library Journal*, núm. 25 (julio) 1900.
- Nishimura, Douglas, *White gloves*, 22 de abril 1997, (revisado el 9 mayo 2003). <http://palimpsest.stanford.edu/byform/mailling-lists/cdl/1997/0562.html>
- Nishimura, Douglas, *Personal communication*, Image Permanence Institute, Rochester Institute of Technology, Rochester, N.Y., 2003.
- Smith, Marrily A., “Care and handling of bound materials”, en *Preservation of Library Materials: Conference held at the National Library of Austria, Vienna*, abril 7-10, 1986, Conference of Directors of National Libraries, Vienna, K. G. Saur, 1986.
- Spofford, Ainsworth Rand, *A book for all readers, designed as an aid to the collection, use, and preservation of books and the formation of public and private libraries*, 3a edición, New York, G. P. Putnam’s Sons, 1905.